

**Miedo, pavor, susto, temor, terror, espanto,
asombro, horror.**

Casi no se diferencian entre sí estas pasiones, afectos ó sensaciones mas que en su mayor ó menor grado de intensidad, y en la manera de afectarnos. Pueden definirse: un estado penoso del alma con perturbacion de los sentidos, producido por la rápida percepcion de un peligro real ó imaginario.

El temor tiene su origen en el carácter, en la inquieta vivacidad, en la desconfianza, en la melancolía, en la pusilanimidad, en la educacion, en el ejemplo, etc.

Es tal vez el temor la pasion mas contagiosa y la que menos puede el hombre disimular. Se apodera de nosotros aun antes de llegar el momento del peligro, y dura mucho tiempo despues de pasado aquel.

El temor ó el miedo, hijo muchas veces del temperamento, es muy difícil de corregir, y entonces es mas

digno de compasion que de desprecio el hombre dominado por él.

El pavor, el susto y el terror significan tres estados ó grados mas intensos de miedo, en los cuales el organismo sufre una perturbacion todavia mayor.

El pavor, mas intenso pero mas pasajero que el miedo, procede de un riesgo súbito é imprevisto que amenaza nuestra persona; lo producen cosas perceptibles á nuestros sentidos, y nos sobrecoge. El susto dura tanto como el riesgo que lo ha ocasionado. Nace de las cosas que vemos, y nos deja yertos. El terror producido por las ideas que nos formamos de una cosa, mas bien que por lo que es en realidad, produce en nosotros el efecto de la cabeza de Medusa, y nos petrifica. El terror puede ser pánico ó imaginario, mas el susto nunca lo es.

El espanto es otra variedad del miedo, que nos incita á huir con rapidez del riesgo, cuando no nos hallamos con fuerzas para resistirle.

El temor que infundadamente se ha confundido con el miedo, es una sensacion de inquietud escitada en el alma por la idea de un mal que se teme y cuyas consecuencias á veces nos exageramos. El hombre dominado por el temor preve el riesgo, despierta el organismo y le estimula; pero no se atreve á adelantarse contra el mismo riesgo.

El medroso huye á la vista del enemigo, ó bien cae y se deja matar sin llegar casi á hacer resistencia. El

medroso tiene pálido y desconcertado el rostro y marchitadas las facciones; su boca está abierta y su mirar azorado, los labios lívidos y las narices inmóviles. Los párpados retraidos impelen hácia fuera el globo del ojo; las cejas en vez de estar agitadas, como sucede en el temor, permanecen elevadas y fijas en su contraccion. En cuanto al tronco, los músculos que en él se insertan han perdido toda la fuerza de reaccion; tiemblan y se doblan las rodillas, y los brazos se arriman á la línea central. Un frio glacial se apodera de todo el cuerpo; laten irregularmente el corazon y el pulso, espira la voz en los labios, y muchas veces sobreviene un largo síncope á consecuencia de tan violenta concentracion; la cual á ocasionado algunas veces la muerte repentina, especialmente en el terror, en el cual, á mas de dichos fenómenos, se observan tambien horripilaciones, es decir, erizamiento de los pelos y cabello, y la rigidez muscular.

Por una razon natural los desórdenes intelectuales resultantes del miedo y del temor, son mas frecuentes, y mucho mas graves en la mujer que en el hombre, entre otras causas por ser mas esquisita su sensibilidad.

El temor, segun hemos dicho, es el afecto que escita en el alma la idea de un mal que nos amenaza. Segun sea la gravedad de este mal y la debilidad del hombre puede el temor pasar al grado de terror, y aun al de espanto, si el mal es producido por una causa sobrena-

tural, aunque á veces basta que sea no mas que extraordinaria.

El asombro tiene alguna analogía con el espanto, del cual apenas se distingue sino en no ser tan activo, y reconocer por origen un temor repentino; así como el horror reúne á esto siempre la deformidad de la cosa que nos lo produce.

Por otra parte el asombro, el terror y el espanto son mas que una especie de afectos ó sensaciones pasajeras, las cuales no dan lugar á la reflexion; diferentes del temor, el cual no solo suele ser duradero sino que cuando tiene por origen una causa digna de haberle producido, lejos de debilitarse y disminuirse, se aumenta y toma mas incremento con el racionio y la reflexion.

El temor suele mezclarse con la verguenza, de la misma manera que el odio y la mala voluntad con el desprecio. Siempre que el actor tenga que espresar alguno de estos llamados afectos, debe tener en mucha consideracion el carácter, la nobleza y la situacion del personaje que representa, á fin de que su accion no desdiga de este, y sea conforme y correspondiente á sus circunstancias.

Cuando por aversion ó temor desechamos un objeto, entonces el cuerpo se echa ó retira hácia atrás antes que se muevan los piés, haciéndose esto en los afectos fuertes é imprevistos muchas veces con tanta precipitacion y viveza, que perdiendo el hombre su equilibrio

da muchos pasos en falso, si es que no cae del todo.

En el terror y en el espanto, es cuando se permite alguna vez que el actor espresa su instantánea sensacion, con un grito mas ó menos fuerte. En ciertas ocasiones obran estos afectos sobre nosotros con tal violencia, que nos obligan á tomar una fuga repentina, ó abandonándonos instantáneamente nuestras fuerzas, caemos sin sentido.

El que teme el ruido del trueno ó el estampido del cañon; el que oye una gran disonancia, ó cualquier otro sonido desagradable, ó bien oye palabras impías ú obscenas, se tapa los oidos con las manos, apartando la cabeza, ó volviendo la cara.

El hombre que quiere evitar ó huir de un peligro muy próximo, como por ejemplo, de ser mordido de una serpiente venenosa que avanza hácia él, echará á correr, levantando cuanto pueda los pies de la tierra; al paso que otro que, sin esperanza de poderse liberrar ve el peligro sobre sí, agachará temblando todo el cuerpo.

Cuando el temor ha llegado á su mas alto punto y se ha enseñoreado del hombre, éste ve y se figura peligro en todos los objetos, aun en los mas inocentes é insignificantes; de modo que al oir el menor ruido, al columbrar la mas débil sombra, se aumenta su terror y se multiplica su espanto.

El asombro que no es mas que la admiracion en un grado superior, no se diferencia de esta sino en que

todas las facciones son entonces mas características: la boca está mas abierta, la vista mas fija; las cejas mas levantadas, y la respiracion mas contenida, la que se para de repente como el pensamiento, cuando ve un objeto interesante que se presenta inesperadamente. En el asombro se dá un paso atrás, ó á lo menos inclinamos el cuerpo hácia aquella parte.

El horror hace abrir bastante la boca y los ojos, al paso que el cuerpo está casi trastornado, y los brazos levantados con rapidéz quedan inmóviles. En un horror grande el hombre sin volverse dirige el pié hácia atrás, y vacilante dá algunos pasos seguidos en la misma direccion recta, mayormente siempre que desea no perder de vista el objeto que le horroriza, á fin de poder juzgar del peligro, y escaparse cuando mejor convenga.

Si en un grande horror se vuelve el cuerpo al objeto que le produce, debe hacerse en medio del movimiento de los pies, dirigidos atrás con rapidéz; pues de otro modo seria débil la espresion y no producirá efecto alguno.

Muchas veces se manifiesta el horror ó aversion á un objeto, cerrando los ojos y apartando la cabeza, ó retirándola moviéndola con rapidez á una y otra parte, y tapándose al mismo tiempo los ojos y la cara con las manos como ya hemos indicado.

Watelet dice que Le-Brun observó que en el pavor se arquean las cejas manifestándose bastante los músculos que ocasionan estos movimientos, los cuales se hin-

chan, se oprimen y se bajan hácia la nariz; los ojos se abren extraordinariamente; el párpado superior casi se oculta en la ceja; el globo del ojo se pone encarnizado; la pupila se aparta del punto regular de la vista, y se oculta en parte con el párpado inferior. Los músculos de las mejillas se entumescen con demasía, y forman un ángulo á cada lado de la nariz; la boca se abre y quedan manifiestos en general los músculos y las venas. Los cabellos se erizan y el color se pone pálido y lívido, especialmente en las narices, labios y orejas.

Ira. Desesperacion.

Es producida la *ira* por la ofensa que nos hacen, y la misma escita en nosotros el deseo de venganza. Cuando la ira es duradera se transforma en ódio, y si no podemos vengarnos del que nos ha ofendido ó triunfa impunemente, nos conduce á la desesperacion, y á veces á la rabia que es su último grado.

Créese con mucho fundamento que los emperadores Nerva, Valentiniano y Wenceslao rey de Bohemia murieron de repente en un acceso de ira.

Lo que principalmente escita la ira, no es tanto la ofensa que recibimos, como el desprecio de que suele ir acompañada, y que tan directa y fuertemente ataca nuestro delicado amor propio. Por esta razon nos resentimos tanto de un puntapié ó de un ligero bofeton, siendo asi que el daño que se nos puede hacer es insignificante; y es por el desprecio que recae sobre nosotros y suele acompañar á estas acciones.

Cuando un hombre está enfadado de una mujer que quiere, cuando una persona ilustre por su nacimiento y sus cualidades personales se ve insultada por un hombre del pueblo, ambos se hallan dominados de la ira; el uno por el amor que tiene á su compañera, y el otro por lo celoso que está de que se vean ajadas sus distinciones y sus prerogativas.

El hombre dominado de la ira experimenta un terrible trastorno, entregándose á las contorsiones mas violentas, y tomando posturas las mas estravagantes, por cuya razon decia Séneca hablando de esta pasion, que no sabia si era mas detestable que fea.

El actor al espresar en la escena esta pasion debe proceder con alguna circunspeccion, es decir, que no debe copiar con demasiada exactitud todos los transportes de ella, y sí solo aquellos rasgos que el espectador pueda ver sin un particular disgusto.

Como la venganza es la hija natural de la ira, el actor al espresarla, manifestará en todos los movimientos, resolucion y ardimiento. Las actitudes de la ira son fuertes, se nota en todo el cuerpo una tension, particularmente en los piés y en las manos. Unas veces presenta los puños cerrados, y otras las manos abiertas, y su semblante toma todos aquellos gestos ridículos, ó mas bien horrorosos, que adquiere un hombre cuando, teniendo su enemigo delante, va á reñir con él á brazo partido.

La accion mas natural, como observa Watelet, es

acercarse al objeto que causa la ira, abalanzarse y dirigir la vista con intencion al enemigo, igualmente que los brazos uno despues de otro, con las manos cerradas, si no tiene alguna arma con que amenazarle. Sus pasos tan pronto son vivos, tan pronto se paran repentinamente, tiembla á veces su cuerpo y golpea con los piés al suelo.

Su voz unas veces es fuerte, otras apagada. Sus miradas vagas pero terribles, anuncian la pasion que le domina. En algunas ocasiones lágrimas ardientes bañan el rostro del iracundo, así como una sonrisa horrible se asoma momentáneamente en sus labios.

Como de la ira á la desesperacion no hay mas que un grado, los mismos gestos y las mismas actitudes un poco mas cargadas, sirven para espresar esta pasion. Distinguese no obstante en que cuando una fuerza superior, como las cadenas ó las bayonetas, se oponen á que el desesperado sacie su venganza, vuelve sus esfuerzos contra aquello mismo que le sujeta, aunque sean cosas inanimadas. Con el deseo de saciar su venganza acomete á fuerzas irresistibles, se abalanza contra sus enemigos por superiores que sean, despreciando y aun burlándose de su número y de su poder, obrando en una palabra como un hombre fuera de sí, y que aborrece y detesta la vida: efecto de la rabia de que se halla poseido su corazon.

Otras de las señales exteriores de estos terribles afectos son crispaturas de nervios, convulsiones, agitacion,

llanto, ahogos, lamentos, gritos y crujir de dientes. Las manos aprietan violentamente lo que encuentran, los ojos redondeados se abren y cierran con frecuencia, y se fijan otras veces sin movimiento; el rostro se pone pálido y la nariz se eleva; la boca se abre, y los dientes se aprietan: á todo esto siguen á veces las convulsiones, los desmayos y la misma muerte.

En otras ocasiones, de los esfuerzos que hace el alma, resulta la enagenacion mental y el delirio; y á lo último el abatimiento y el trastorno de la razon, causan ó conducen al desesperado á una especie de insensibilidad.

Cólera, impaciencia, arrebató, violencia.

La *cólera* es un odio ó aborrecimiento repentino, mas ó menos duradero, del objeto que se considera dañoso: es un delirio agudo.

La palabra *cólera* que se deriva de la voz griega *bilis* porque los antiguos la atribuian á la agitacion de este fluido, era segun las ideas de los mismos una pasion biliosa. Horacio dice que la *cólera* es una locura de corta duracion: *ira, furor brevis*. El poeta griego Filemon habia dicho anteriormente en una de sus comedias: «Todos somos insensatos cuando estamos encolerizados.» Aristóteles dice que la *cólera* es «el deseo de devolver el mal que se nos hace.» Séneca la definia «una violenta emoci6n del ánimo que voluntariamente y por eleccion nos inclina á la venganza.» «Charron decia que la *cólera* es una pasion loca del alma que nos hace salir de madre, y que procurando rechazar el mal que

solo nos amenaza ó que ya se nos ha causado, hace hervir la sangre en nuestro corazon y levanta en nuestro espíritu furiosos vapores, que cegándonos nos precipitan á cuanto puede facilitarnos nuestros deseos de venganza. Es una rabia de corta duracion, un camino que conduce á la manía.»

«La Cólera, segun La-Chambe, es una pasion mixta que se compone del dolor que sufrimos por la injuria que hemos recibido, y de los fuertes deseos que de rechazarla tenemos.»

Descuret la define: «Una escesiva necesidad de reaccion determinada por un dolor físico ó moral» añadiendo que esta pasion tiene muchos grados que son la impaciencia, el arrebató, la violencia, el furor, el rencor y la venganza.

La Impaciencia es una habitual disposicion á enfadarse por la menor contrariedad. Distínguese por una viva é imperiosa inquietud, por palabras fuertes y entrecortadas acompañadas de algun pateamiento, de una rápida contraccion de los músculos de la cara.

El Arrebató es una propension á enfadarse por el menor obstáculo, y á entregarse por intervalos á fuertes gritos y amenazas, y á fuertes movimientos convulsivos, acompañados tambien de injurias y amenazas.

La Violencia es un grado mas adelantado que el arrebató, y en ella hay mas que amenazas. Constituyendo un grado mayor de irritacion, el hombre se entrega á actos de brutalidad contra el que le ha herido ó contrariado.

El *Furor* (V. su artículo particular).

El Rencor que no debe confundirse con la antipatia, es una cólera prolongada, una cólera crónica. Si bien en esta pasion hay al parecer menos agitacion que en la cólera, no por eso fermenta con menos violencia, no tardando el que la experimenta en sufrir todos los efectos del dolor moral.

La *Venganza* (V. su artículo especial.)

Los síntomas de la Cólera presentan en los varios individuos muchas diferencias, que en gran parte parecen depender del predominio orgánico de cada uno. Han distinguido los observadores la *Cólera roja*, y la *Cólera blanca ó pálida*; y Descuret añade que hay una tercera especie que participa de entrambas. «Si se hallan aguijoneados, dice, por la Cólera los sujetos robustos y sanguíneos, la sangre, concentrada al principio hácia el centro del cuerpo, es arrojada luego y rechazada hácia la periferie; late con violencia el corazon; acelérase la respiracion; se hinchan y enrojecen la cara y el cuello; erizanse los cabellos; la vista se anima y se pone colorada, y parecen saltar de las órbitas los globos del ojo inyectados de sangre. Al mismo tiempo se dilatan las narices; y los labios estirados, dejan á descubierto los dientes; la voz se vuelve ronca; obtúndese el oido; la palabra casi siempre es entrecortada; se pronuncia con dificultad, ó al contrario con suma rapidez; sale espuma de la boca; el colérico vomita injurias y amenazas; por último, se desarrollan las fuerzas de un modo pro-

digioso, y la contraccion muscular que acompaña este trastorno del cuerpo y del espíritu, es violenta, pero pronta: la pasion ha reaccionado, ya está satisfecha.»

«En los sujetos débiles, continua, en aquellos á quienes predomina el sistema linfático, la sangre arrojada tambien al principio hácia las vísceras, parece que permanece en ellas; los latidos del corazon son casi insensibles; el pulso es pequeño, constreñido y frecuente; la respiracion difícil y sofocante; cúbrese el cuerpo de un sudor frio; la cara pierde enteramente el color; los ojos se ponen fijos y las mandíbulas se estrechan; finalmente, los miembros tienen un temblor convulsivo. Estos desgraciados, aplastados, por decirlo así, por el peso de su cólera, no pueden á veces articular una palabra, ni hacer el menor movimiento; pero esa inmovilidad y ese silencio son mucho mas temibles que la agitacion, los gritos y la violencia de los sanguíneos; porque la crisis de esta rabia impotente se verifica mas tarde.»

«En algunas almas nobles y generosas se convierte en indignacion y en menosprecio: pero las mas veces la pasion que no ha sido seguida de reaccion, pasa al estado crónico, se convierte en rencor, y por poco que este se provoque, termina por la venganza.»

«Participa de ambos síntomas la cólera de los biliosos sanguíneos. Es concéntrica al principio de la pasion, y se hace luego escéntrica.»

La cólera es una pasion difícil de espresar en el teatro, y por esto sin duda se halla raras veces bien de-

semeñada, porque en su representacion se exige tanta moderacion como fuerza, por la razon de que el hombre dominado de esta violenta pasion, no ha perdido enteramente el sentido, y se halla aun en estado de reflexionar. Un modo de representar muy violento raya en locura, y no debe confundirse esta pasion con la cólera.

Cuando uno se encoleriza con una mujer, por ejemplo, es indispensable conservar en cuanto se pueda en medio de sus transportes, el respeto que se debe al sexo. Si al encolerizarnos con un hombre que es nuestro inferior, llevamos muy adelante el insulto, porque su situacion no le permite el vengarse, entonces nos hacemos mucho mas despreciables; lo que no sucede cuando nos dirigimos contra otro que es nuestro igual ó superior, porque tiene á su mano rebatir ó enfrenar nuestros excesos.

La cólera estremada en un hombre verdaderamente intrépido, produce una tranquilidad perfecta, y en esto consiste el verdadero carácter del valor; solo en tal caso indica la fuerte pasion de que se halla poseido, con algun gesto involuntario de su rostro.

La cólera se confunde muchas veces con el deseo de venganza y de castigo. Agitada el alma con este deseo, solo manifiesta en los movimientos del cuerpo, resolucion y ardimiento, á lo que se junta tal vez la espresion de otros afectos, como por ejemplo, las del temor, del horror y del disgusto.

Aunque la cólera da fuerza á todas las partes esteri-
ores del cuerpo, principalmente se manifiesta en las
que son propias para atacar, abrasar y destruir. Hin-
chadas con la sangre y los humores que acuden á ellas
con abundancia, se agitan con un movimiento convul-
sivo. Los ojos inflamados circulan rápidamente dentro
de sus órbitas, y despiden miradas que centellean. Las
manos con sus contorsiones violentas, y principalmen-
te los dientes con su rechinamiento, manifiestan una es-
pecie de tumulto, y una inquietud interiorés. Las ve-
nas se hinchan, y en particular las inmediatas al
cuello, á las sienas, y á la frente, y todo el rostro se
inflama.

Otras veces el fuego de los ojos estraviados se apa-
ga y se internan en sus órbitas, una palidez repentina
se manifiesta en el rostro, y los brazos quedan colgados
sin fuerza y sin movimiento.

Si á estos gestos del hombre encolerizado se añade
aquella baba envenenada, que en lo mas fuerte de la
pasion cae del labio inferior por un lado de la boca
entreabierta, el observador tranquilo concebirá á su vis-
ta el mayor horror por una pasion que desfigura y
borra en tales términos las nobles facciones del hom-
bre.

Por esto sin duda Plutarco puso en boca de Fon-
dano « *que agradecería al criado que en el exceso de
cólera le presentase un espejo, para que viéndose en él
tan desfigurado, aprendiese á enfrenar esta pasion.* »

El actor por esta misma razon al imitar la cólera
cuidará de no representarla con demasiada naturalidad
y con la energía de las otras pasiones, sino con cierta
moderacion, á fin de no molestar á los espectadores con
los efectos fastidiosos y horribles de esta pasion.

Venganza.

La venganza es en cierta manera la crisis del re-
cor, ó de la ira. (F. 204.)

Fueneja consejera del vengativo, va corroyendo el
razon del desgraciado que la padece, hasta que tiene la
horrible satisfaccion de ——— á su enemigo. No
raro hallar hombres tan sedientos de venganza, que para
lograrla no retroceden ni á la vista del mismo cadáver.

El vengativo, como el envidioso, distingue por su
aire sombrío, su color cárdeno y muchas veces por el
enfaquecimiento general de todo su cuerpo, si ha de
tardar en satisfacer su pasion.

Hay otra especie de venganza en grado menor que
es la histeria y va acompañada de cierta vergüenza y
pasividad, y se observa particularmente en los ni-
ños. Consiste en el estado de afliccion del alma por la
impotencia en que se reconoce de rehacerse contra una
inmensa superioridad física ó moral.

El actor por esta misma razon al imitar la colorida
 cindada de no representarla con demasiada naturalidad
 y con la energia de las otras pasiones, sino con cierta
 moderacion, á fin de no molestar á los espectadores con
 los efectos fastidiosos y horribles de esta pasion.

Venganza.

La *venganza* es en cierta manera la crisis del rencor, ó de la ira. (*Véase.*)

Funesta consejera del vengativo, va corroyendo el corazón del desgraciado que la padece, hasta que tiene la horrible satisfaccion de ver sucumbir á su enemigo. No es raro hallar hombres tan sedientos de venganza, que para lograrla no retroceden ni á la gista del mismo cadalso.

El vengativo, como el envidioso, distínguense por su aire sombrío, su color cárdeno y muchas veces por el enflaquecimiento general de todo su cuerpo, si ha de tardar en satisfacer su pasion.

Hay otra especie de venganza en grado menor que es la fanfurrina y va acompañada de cierta vergüenza y pusilanimidad, y se observa particularmente en los niños. Consiste en el estado de afliccion del alma por la impotencia en que se reconoce de rehacerse contra una inmensa superioridad física ó moral.